

Treinta y cinco cantando en silencio



ILUSTRACIÓN: SILVIA LUZ ALVARADO

Si llegase a desaparecer el concepto que hoy tenemos de América Latina, dice el autor, la obra de Pablo Neruda será un recetario mágico para ponerla de pie, con la piedra filosofal de la poesía. Hace 35 años murió el poeta, diplomático y activista. **TEXTO: JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ**

Hay muchos rostros para Pablo Neruda: el combatiente de la identidad latinoamericana, cuya presencia le volvió patriarca moral de aquella bullente izquierda; el poeta silencioso, en su calidad de cónsul en la remota Colombo, casado con una javanesa mucho más alta que él; el cantor de los temas olvidados, ya fuesen la madera, las piedras lacustres o los melancólicos obreros que salen de la boca de la mina con el cinabrio en los rostros; el epicúreo degustador de placeres terrenales, goloso para las cosas de la vida, entregado a los banquetes con la misma enjundia de un cardenal florentino, así como el monumental creador de todo un continente poético que representa una Última Thule del caudal del siglo xx, un abrumador trauma para muchos de sus contemporáneos

cuya obra palidece ante este torrente telúrico. ¿Quién es Neruda a los 35 años de su fallecimiento?

Harold Bloom intenta reducir a Neruda a una vertiente hispana de los hallazgos delimitados por Walt Whitman, su indudable maestro en la búsqueda del verso libre y la enumeración bíblica de las cosas. Algunos latinoamericanos condenan “el agustinlarismo” de sus multicitados e imitados 20 poemas. También es imposible olvidar que llegó a ser el poeta más traducido del orbe en su momento, ventaja que hasta ahora no le ha superado ningún otro de los Nobel.

Al publicar su evocativo “Adiós poeta”, Jorge Edwards fue acusado de mostrar a un Neruda en pantunflas. Octavio Paz, en otra página, concede que nadie podrá bajarlo del caballo verde de la poesía. Borges llegó a elo-

giar sin ironías “El canto de amor a Stalingrado”. Huidobro, el poeta multimillonario que era lo más contrario a la figura del Premio Nobel, se quedó al final con la mano extendida de la amistad, cosa que Neruda reconoce en un breve escrito, no exento de autoreproche póstumo.

Para muchos lectores, ajenos a estas turbulencias de la historia y el compromiso personal del artista, Neruda será siempre el cronista certero de los temblores secretos que acuden al acercarse al ser amado, además de las intermitencias que provoca ese sentimiento al ponernos de cara ante el fulgor de la naturaleza. Prisma verbal de las emociones innombradas: cantor general de todo aquello que se mueve dentro y fuera del corazón del hombre.

El gran programa de América Latina siempre fue su falta de comunicación y de conciencia. Aztecas, caribeños, incas y amazónicos jamás supieron unos de otros hasta el arribo de los españoles. El sueño panamericanista de Bolívar fracasó por diversos y monumentales obstáculos históricos. Serían los poetas los primeros en retomar el ideal de esa gran nación con forma de cuerno de la abundancia y es curioso cómo Rubén Darío comienza a alzar ese vuelo: realiza el *Canto a la Argentina* y sirve como representante de su país ante la corte española. Amado Nervo, quien también vivió en Madrid y muriera en Uruguay, es otro de los bardos con una movilidad cuyo ejemplo seguiría Alfonso Reyes.

Compromiso social

Neruda es el heredero de esa tradición de poetas diplomáticos, conscientes de que personificaban no sólo a un país, sino la encarnación del mito del Nuevo Mundo, vasta terra incógnita para europeos y asiáticos, donde aguardaban ríos bárbaros y cúspides más agrestes que Alpes, Dolomitas o Pirineos. En él confluyeron las alturas de Macchu Picchu y los dioses minerales, nutridos con una tierra fertilizada por el aluvión del Orinoco,

bañada con el toque de incienso de los volcanes del Anáhuac.

Sólo Borges y Octavio Paz son las inteligencias poéticas con las cuales se ha medido Neruda en América Latina. De todos los nuestros, el chileno es quien tiene la biografía más atareada y el récord de mayores confines recorridos antes de su consagración. Estancias significativas en el Asia y Europa, así como ciertos laberintos clandestinos del continente americano, aparecen en su currículum mucho antes de cumplir los 40 años. Además estuvo casado con una javanesa de origen holandés, una argentina con mucho dinero y una chillaneja a la que dedicó cien sonetos de amor.

El virus socialista inflama la biografía y no pocos versos del cantor general. El testimonio de Jorge Edwards, compañero suyo en la embajada de Chile en París, sostiene que Neruda era un crítico muy directo a los asuntos internos de la izquierda, tanto chilena como sus contrapartes internacionales, pero que sólo ante los compañeros de lucha se permitía esa feroz autocrítica. En cambio, en público nunca se manifestó con vigor contra del estalinismo y sus más crudas manifestaciones, ya que esos ataques se los dejaba a los enemigos de la utopía marxista. Jamás pensó que ese silencio sería tomado como una legitimización tácita a los métodos autoritarios que segarían miles de vidas.

En sus últimos días, e incluso varios años después de su muerte, su nombre era enarbolado junto a quienes alguien llamó “los comunistas de lujo”: García Márquez, Julio Cortázar y Alejo Carpentier. Nada podría hacernos prever que en los años 90 el presidente Clinton se daría el lujo de citarlo en alguno de sus discursos, ni que la versión fílmica de la novela de Skármeta se volvería producto de consumo masivo, tiempos que la clase media global desenterró el gusto por Pablo Milán y volvió prenda reglamentaria al Che Guevara.

Algunos testimonios sostienen que Neruda fue algo más que un

embajador de lujo en París, ciudad donde también Carlos Fuentes y Alejo Carpentier prestaron servicio diplomático. De esas batallas secretas, que solo se conocen en las embajadas, Neruda tiene como trofeo haber logrado una hábil y fructífera renegociación de la deuda de Chile ante la banca europea, en los tambaleantes tiempos de la Unidad Popular de Allende.

Poeta total

El viaje de Pablo Neruda a través del siglo xx es uno de los testimonios del arrebatado cúmulo de conflictos y dudas que enfrentaron las mentes críticas de nuestro continente. Atrapado entre las ventiscas y súbitos deshielos de la Guerra Fría, la locura militarista hispanoamericana, las intervenciones de Washington en el destino de las naciones de su patio trasero, así como las arduas contradicciones de las diversas tribus de la izquierda nuestra, Neruda supo dejar una mano encendida para fertilizar con tinta lo mejor de su sensibilidad, una poesía salpicada de caracoles, guijarros antediluvianos, peinetas olvidadas de coral, sangre esparcida por todas las raíces de las cordilleras del mundo.

Poeta total, su legado sobrevivirá más allá de sus contradicciones humanas y la lectura de su obra es fundamental para cualquiera que comparta la aventura de la lengua española. Si llegase a desaparecer América Latina –o el concepto que hoy tenemos de América Latina– la obra de Pablo Neruda será un receptario mágico para ponerla de pie y volverla a materializar con la piedra filosofal de la poesía.

“Entonces cantaré en silencio” es el verso final de su “Testamento de otoño”.

JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ

Mazatlán, 1970. Escritor. Ha publicado, entre otras novelas *El gran invento del siglo xx* (Joaquín Mortiz), *Mi nombre es Casablanca* (Mondadori) y *La casa de las lobas* (Plaza y Janés).